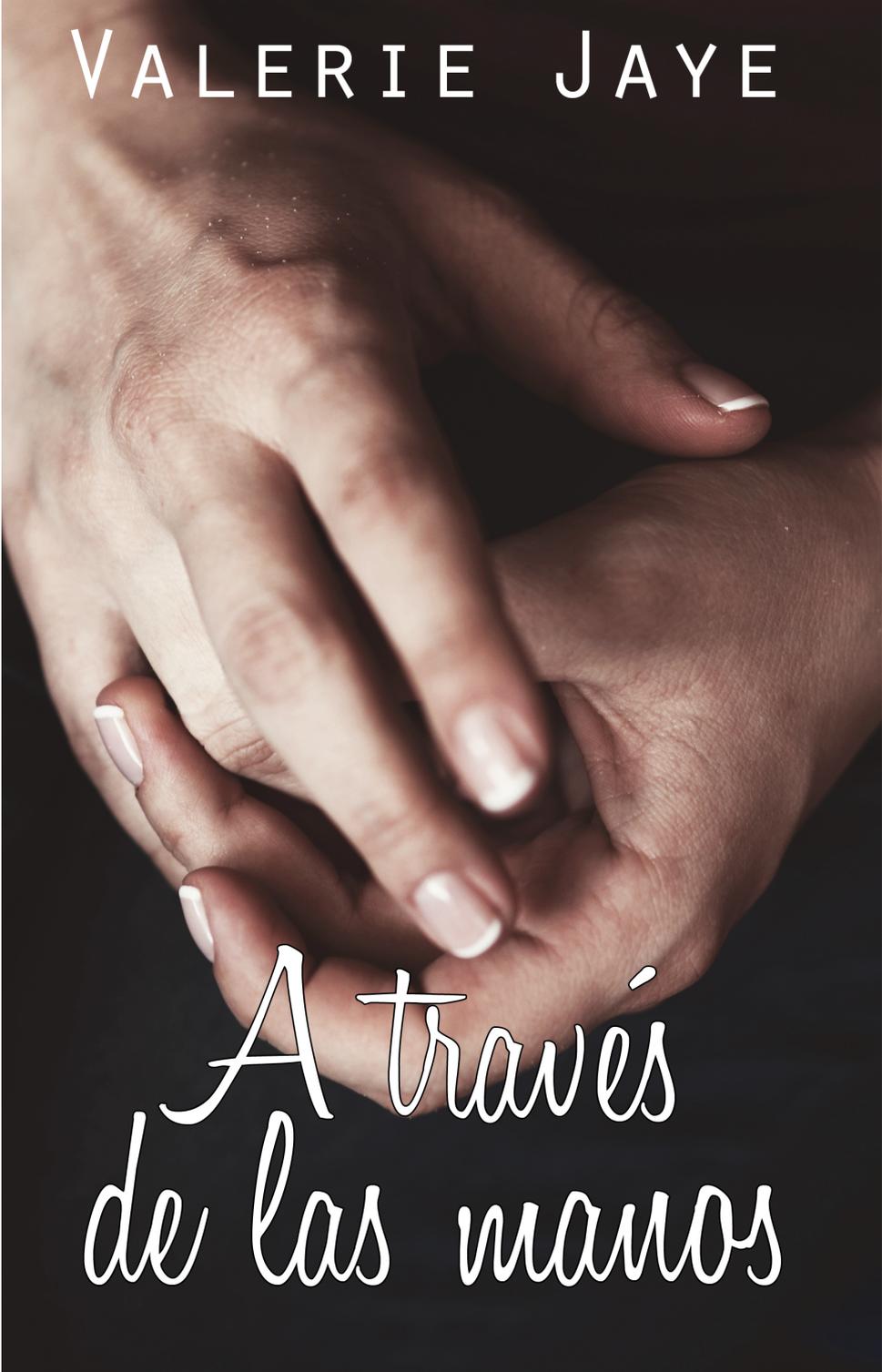


A través de las manos

Valerie Jaye

VALERIE JAYE



*A través  
de las manos*

## Capítulo 1

Todo está en las manos. Toda la vida de una persona queda grabada en la piel: en la palma, entre los dedos, debajo de las uñas, en el pliegue de cada línea. Todos estos guardan pequeñas partes de nuestras vidas.

En la piel de la palma todavía quedan restos de todas las texturas de la piel de los demás y también la textura de su cabello o de su ropa. Dentro de esa palma se encuentran todas las caricias que dimos a la que gente que amamos. Si prestamos atención, todavía podemos sentir el roce de otra mano, tal vez suave o tal vez áspero. Podemos sentir el cabello del otro y llenarnos de su aroma. Y podemos sentir la tela de su ropa, quizás mientras se la sacamos lenta y cariñosamente o quizás mientras los abrazamos y cerramos el puño en su remera.

Entre nuestros dedos todavía están los suyos entrelazados, los de esa persona por la que daríamos todo y más. También están los dedos de esa persona que nos rompió el corazón y, por más que queramos eliminarlo, su tacto siempre estará ahí. Entre los dedos también puede estar —visible o no— la marca de un anillo muy especial.

Debajo de las uñas puede haber pedacitos de otras partes de nuestra piel, de cuando estábamos esperando el resultado de un estudio médico o de un examen importante en la escuela o universidad. También puede haber pedacitos de la piel de otro, tal vez de esa persona que nos lastimó (lamentablemente tampoco vamos a poder deshacernos de estos por más que lo deseemos) o tal vez es de esa persona a la que le pasábamos las uñas por la espalda al hacer el amor. Puede haber otras cosas mucho más comunes debajo de las uñas, como tierra después de haber pasado la mañana atendiendo las plantas del jardín de la casa, astillas después de cortar madera para el mueble que queremos armar nosotros mismos, arcilla después de pasar toda la tarde haciendo alfarería, masa para preparar la torta que tanto nos gusta, o polvo de tiza después de dar clase.

Todo pasa por las manos, y estas no olvidan nada. Esa vez que nos cortamos el dedo tratando de aprender a cocinar, o cuando nos pinchamos con una espina al tomar una rosa, los callos en las yemas por tocar la guitarra sin parar, o la marca que deja la lapicera después de pasar horas escribiendo. Marcas externas como esas son las más fáciles de recordar, pero las manos guardan hasta la huella más profunda y visible solo a través de nuestros recuerdos. En nuestras manos aún están las lágrimas que nos esforzamos por detener y las que nos secamos por haber reído más de lo que nuestro cuerpo pudo soportar. También puede haber lágrimas de otros, que nuestras manos absorbieron para que ellos no

tuvieran que hacerlo.

Caricias a nuestras mascotas, el corte de papel al pasar bruscamente la página de un libro interesante, manchas de pintura después de terminar nuestra obra maestra, sudor que limpiamos al terminar de practicar deporte, crema que usamos para cuidar nuestra piel, cuando nuestro hijo o nieto se agarra de nuestro dedo por primera vez —eso quedará guardado tanto en nuestra mano como en la suya—, o cuando es más grande y le sostenemos la mano para cruzar la calle.

Las manos guardan todo eso por siempre.

Cada línea de la piel de nuestras manos guarda casi todos nuestros recuerdos, felices o no. Algunos hemos vivido muy poco y no tenemos demasiadas cosas guardadas. Otros quizás tenemos más de las que deseáramos. Otros somos muy pequeños y aún no hemos tenido oportunidad de guardar nada. Muchos no hemos nacido todavía y lo único que hemos podido tocar es este extraño líquido en el que vivimos sin ahogarnos. Otros hemos vivido por muchas décadas, y nuestras manos guardan más cosas de las que podemos recordar. Algunos tuvimos la desgracia de perder nuestras manos y, con ellas, el acceso a una buena parte de nuestros recuerdos y la posibilidad de guardar nuevos. Algunos nacimos ciegos y no sabemos cómo lucen nuestras manos, pero guardamos en ellas la forma de los rostros y manos de los demás.

Lo que guardamos cada uno de nosotros en nuestras manos es único y personal, pero hay algo que se aplica a todos: Si miramos con atención, toda nuestra vida se puede encontrar dentro de los pliegues de nuestra piel.